

quien, desde una postura claramente utilitarista según el modelo asociacionista inglés declara que «... al comercio es consiguiente el lujo. La sagacidad y codicia de los comerciantes intenta continuamente nuevos géneros con que cebar el gusto, y éste se aviva a proporción de la variedad de los objetos que se le presentan. Quien no conoce no desea. Las pasiones extienden la esfera del deseo en la proporción que el alma sus conocimientos»¹⁵, afirmando también que el deseo de consumir es causa de «... la infinita variedad de objetos agradables que el ingenio humano ha sabido añadir a las gracias de la naturaleza»¹⁶. Pasiones, deseo, gusto, ingenio humano, factores todos que están en la base de ese *Leviathan* artificial que el género humano ha construido como réplica, buena o mala, pero inevitable, a la graciosa naturaleza y que representa el alma de las sociedades «civilizadas», es decir, de las sociedades con un determinado nivel de historia. La distinción es netamente asumida y diríamos que la apuesta también. Sempere, desde su pragmatismo más o menos escéptico —ya hemos apuntado el modelo—, apuesta por lo inevitable, por la historia en marcha, y esa es la esencia de la mentalidad progresista. Pero ser progresista, aun en la España de las postrimerías del XVIII, además de representar un compromiso de «actualidad», era un reto frente a una arraigada mentalidad barroca, estamentalista y reaccionaria, cuyo vigilante Polifemo era nada menos que la Santa Inquisición, alimentada en sus filas incluso por espontáneos adalides, como fray Diego de Cádiz, quien, desde dos años antes de la publicación de la *Historia del lujo*, venía hostigando sin piedad a otro defensor del tema, Normante y Carcavilla. Pero sobre este tema volveremos más adelante.

Por todo lo cual, Sempere, que tampoco quería enemistarse con el poder político, aún de su lado, cuida mucho de adornar su reformador tratamiento del lujo, «... no por principios arbitrarios o tomados de autores sospechosos, sino con arreglo a las máximas más puras de nuestra Sagrada Religión»¹⁷, adoptando como mentores a Santo Tomás, Aristóteles y Francisco Martínez de la Mata, a quien alude, quizá con cierta intencionalidad, como «Hermano de la Tercera Orden de Penitencia y excelente economista español»¹⁸. Pero sin dejar de subrayar las definiciones de Hume, Melon, «el Amigo de los Hombres» (Mirabeau), Genovesi, «el autor de la *Teoría del lujo*», etc.¹⁹.

Definitivamente, pues, y respetando las apreciaciones de Horst Baader sobre la «limitación de la ilustración española» —catolicismo y nacionalismo—²⁰, tema sugestivo sobre el que no podemos entrar ahora, a la actitud de Sempere podemos aplicar el esquema del profesor Maravall de «preocupación por reelaborar un orden

¹⁵ *Historia del lujo*, I, pág. 7.

¹⁶ *Ibid.*, I, pág. 16.

¹⁷ *Ibid.*, dedicatoria.

¹⁸ *Ibid.*, II, págs. 191-194, 201 y 210.

¹⁹ *Ibid.*, II, pág. 195. Sempere no menciona al autor de la *Teoría*. Schumpeter (*op. cit.*, pág. 376) habla de Butel-Dumont, mientras que Sombart (*op. cit.*, pág. 116) lo hace del «inteligente judío Pinto», mencionando el mismo título y la misma fecha, 1771.

²⁰ Horst BAADER: *La limitación de la Ilustración española*, II Simposio sobre el profesor Feijoo y su siglo I, Oviedo, 1981, págs. 41-50.

moral»²¹, apoyado, a su vez, en el de la «compartimentación del sistema de valores», de Barber²². Tal preocupación sería la consecuencia de la transformación de formas de vida y sistemas de valores y, consiguientemente, de la necesidad de justificar a los actores «materiales» de éstos: los burgueses. Sin representar este cambio, al decir de Maravall, «una relajación en los lazos de los deberes morales» tradicionales, no deja de ser cierto, según Barber, que «... el hombre de negocios, aunque también el abogado, se las había arreglado para ordenar su sistema de valores en compartimentos, restringiendo los nuevos, de tipo secular, a la esfera de sus actividades profesionales y manteniendo su vida privada y familiar en el marco de la antigua definición religiosa del significado de la vida y de la muerte»²³. Sempere reclama un puesto entre ese grupo de hombres empeñados en difundir la creencia en el progreso, secularizada y esencialmente burguesa, sin renunciar por ello a la herencia católica, que, por otra parte, ha sufrido también las relativas transformaciones propias. No en vano, nuestro ilustrado, como la mayoría de ellos, comulgaba con los aires erasmistas y jansenistas que desde hacía tiempo soplaban en España. Como reconoce F. López²⁴, el propio Sempere es uno de los pocos que unos años antes se atreve a mencionar el nombre de Erasmo, y ahí hemos de ver la influencia de Mayans y su grupo de colaboradores en Madrid, con quienes Sempere, aparte los lazos de paisanaje, unía los de amistad y admiración²⁵. En todo caso, la *Historia del lujo* proporciona sobrados ejemplos de esa doble moral de la que hablan Maravall y Barber²⁶. Por ejemplo, partiendo de una crítica a la moral particular del religioso, «... acostumbrado por su profesión a un género de vida más perfecto que el que observa el resto de los demás hombres», afirma del mismo que «... es muchas veces sobradamente rígido condenando hasta los placeres y usos inocentes», para acabar advirtiendo Sempere que tal actitud «... puede producir efectos muy funestos, tanto al Estado, por el influjo que suelen tener las opiniones en la legislación, como a los particulares, suscitándoles persecuciones, acaso inculpablemente»²⁷. ¿Era una condena solapada, también, de las recientes delaciones de fray Diego de Cádiz a la Inquisición contra Normante? Pero aún resultan más interesantes sus apreciaciones en torno a la inadecuación entre realidades históricas nuevas y un lenguaje residual que ya no sirve para nombrarlas correctamente, lo que representa el «mayor daño que padece generalmente la moral»²⁸.

En suma, toda la obra está atravesada por el secular e ilustrado intento de comprender —y hacer comprender— la necesidad de adaptación a un mundo

²¹ J. A. MARAVALL: *Espíritu burgués y principio de interés personal en la Ilustración española*, *Hispanic Review*, Summer 1979, volumen 47, pág. 302.

²² E. G. BARBER: *La burguesía en la Francia del siglo XVIII*, Madrid, 1975, págs. 47-50.

²³ MARAVALL: *Op. cit.*, pág. 302.

²⁴ F. LÓPEZ: *Forner et la crise de la conscience espagnole*, Bordeaux, 1976, págs. 129 y ss. Sobre la mentalidad religiosa en el XVIII, ver la *Historia de la Iglesia en España*, tomo IV, dirigido por A. MESTRE, Madrid, B. A. C., 1979.

²⁵ Acerca de este grupo, ver A. MESTRE: *Un grupo de valencianos en la Corte de Carlos III*, en *Estudis* 4, Valencia, 1975.

²⁶ Ver ARANGUREN: *Moral y sociedad*, Madrid, 1974, págs. 13 y ss.

²⁷ *Historia del lujo*, I, pág. 4.

²⁸ *Ibid.*, II, págs. 190 y ss.

transformado, en el que las relaciones económicas libres son la nueva base de las pautas de comportamiento social y, al mismo tiempo, por el deseo de que el cauce de todo ello siga siendo el viejo paradigma de la virtud y la moderación, ahora con un matiz pragmático y utilitario, no aceptando en ningún momento caer en la utópica propuesta de un Platón, ni tampoco en el romanticismo nostálgico de un Fenelon, un Rousseau o, en nuestro país, un León de Arroyal. Después de todo, esta actitud antiutópica y antirromántica es el rasgo esencial e invariable de la mentalidad liberal-conservadora de Sempere Guarinos, sin la cual no se entienden adecuadamente ni su obra ni sus compromisos vitales, como tendremos ocasión de comprobar en un trabajo más ambicioso sobre su figura.

La polémica en España. Antecedentes y fundamentos

Hecho el planteamiento en sus rasgos aproximativos, es obligado situar la obra en el contexto específico en el que surge y se desenvuelve, con el fin de delimitar las líneas de fuerza que intervienen en el fenómeno, sus escansiones y agrupamientos, en suma, los elementos propios de la imagen que aparece en España y los reflejos —y su reciprocidad— respecto a la de Europa.

España, aunque tímidamente y, en gran parte, por influjo de los países europeos que ya manifiestan el paso definitivo de la revolución industrial burguesa, se apresta en el siglo XVIII a desempeñar su papel en el concierto de las naciones desarrolladas, papel que, aparentemente, refuerza la instauración de la dinastía borbónica, testigo desde hacía tiempo de la pujanza burguesa en Francia. Pero si en todas partes los vehículos divulgadores y reforzadores de las transformaciones materiales son las ideas y sus productores, los ideólogos, este hecho adquiere importancia primordial en nuestro país, dado el escaso desarrollo de las formas de vida burguesa —el comercio, la industria, las finanzas—, excepción hecha del litoral mediterráneo. Por eso en la España del XVIII se afirma que existe sólo una burguesía de ideas, de convicciones, de principios, más que una burguesía derivada de las condiciones materiales de producción e intercambio capitalista. De ahí que, esquematizando el determinismo marxista, se afirme demasiado a la ligera que nuestros burgueses «creyentes» dieciochescos sean mucho más débiles en sus planteamientos que sus homónimos allende los Pirineos. No es ocasión ahora de entrar en la polémica, que necesitaría tener en cuenta múltiples singularidades, posibilidades y hándicaps. Remitimos para ello a los muchos y excelentes trabajos del profesor Maravall, de Artola, Anes, Elorza y otros. Aquí nos interesa centrarnos en uno de los aspectos —el lujo— inherentes al desarrollo del capitalismo, que sensibiliza las mentes de nuestros ilustrados —precisamente aquellos que dan importancia primordial al cultivo de la economía—, de manera muy semejante a como ocurre en Inglaterra, Holanda, Francia o Italia. Si en España existe el debate entre defensores y detractores del lujo es porque, como dice Gusdorf, se dan «nuevas posibilidades intelectuales y morales al mismo tiempo que